

Un Estudio De Génesis Lección 34

por Douglas L. Crook

Génesis 23:1-20

1 Fue la vida de Sara ciento veintisiete años; tantos fueron los años de la vida de Sara.

2 Y murió Sara en Quiriat-arba, que es Hebrón, en la tierra de Canaán; y vino Abraham a hacer duelo por Sara, y a llorarla.

3 Y se levantó Abraham de delante de su muerta, y habló a los hijos de Het, diciendo:

4 Extranjero y forastero soy entre vosotros; dadme propiedad para sepultura entre vosotros, y sepultaré mi muerta de delante de mí.

5 Y respondieron los hijos de Het a Abraham, y le dijeron:

6 Oyenos, señor nuestro; eres un príncipe de Dios entre nosotros; en lo mejor de nuestros sepulcros sepulta a tu muerta; ninguno de nosotros te negará su sepulcro, ni te impedirá que entierres tu muerta.

7 Y Abraham se levantó, y se inclinó al pueblo de aquella tierra, a los hijos de Het,

8 y habló con ellos, diciendo: Si tenéis voluntad de que yo sepulte mi muerta de delante de mí, oídme, e interceded por mí con Efrón hijo de Zohar,

9 para que me dé la cueva de Macpela, que tiene al extremo de su heredad; que por su justo precio me la dé, para posesión de sepultura en medio de vosotros.

10 Este Efrón estaba entre los hijos de Het; y respondió Efrón heteo a Abraham, en presencia de los hijos de Het, de todos los que entraban por la puerta de su ciudad, diciendo:

11 No, señor mío, óyeme: te doy la heredad, y te doy también la cueva que está en ella; en presencia de los hijos de mi pueblo te la doy; sepulta tu muerta.

12 Entonces Abraham se inclinó delante del pueblo de la tierra,

13 y respondió a Efrón en presencia del pueblo de la tierra, diciendo: Antes, si te place, te ruego que me oigas. Yo daré el precio de la heredad; tómalo de mí, y sepultaré en ella mi muerta.

14 Respondió Efrón a Abraham, diciéndole:

15 Señor mío, escúchame: la tierra vale cuatrocientos siclos de plata; ¿qué es esto entre tú y yo? Entierra, pues, tu muerta.

16 Entonces Abraham se convino con Efrón, y pesó Abraham a Efrón el dinero que dijo, en presencia de los hijos de Het, cuatrocientos siclos de plata, de buena ley entre mercaderes.

17 Y quedó la heredad de Efrón que estaba en Macpela al oriente de Mamre, la heredad con la cueva que estaba en ella, y todos los árboles que había en la heredad, y en todos sus contornos,

18 como propiedad de Abraham, en presencia de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad.

19 Después de esto sepultó Abraham a Sara su mujer en la cueva de la heredad de Macpela al oriente de Mamre, que es Hebrón, en la tierra de Canaán.

20 Y quedó la heredad y la cueva que en ella había, de Abraham, como una posesión para sepultura, recibida de los hijos de Het.

Sara había vivido una vida larga y plena. Sí, tenía sus fallas, como todos las tenemos; pero Dios la llamó princesa (Génesis 17:15) y la incluyó entre los héroes y heroínas de la fe (Hebreos 11:11). El apóstol Pedro la nombró como un buen ejemplo a seguir para las esposas creyentes (1 Pedro 3:1-6), y Pablo la usó para ilustrar la obra de la gracia de Dios en la vida del creyente (Gálatas 4:21-31).

Sara era una buena esposa y una buena madre. Temía a Dios y amaba a Abraham e Isaac. Ella había estado dispuesta a viajar con Abraham desde su tierra natal a una tierra extranjera. Ella había estado al lado de Abraham en todas las alegrías y tristezas de la vida. El duelo y las lágrimas de Abraham por ella eran reales.

No hay que avergonzarse de lamentarse o de llorar por la muerte de nuestros seres queridos. Algunos consideran inapropiado que un creyente le diga a otro creyente cuyo cónyuge u otro amado creyente ha muerto: "Lamento su pérdida". Algunas personas dirían que uno no puede perder algo si sabe dónde está. Es decir, por supuesto, que el ser amado creyente que ha muerto no está perdido, sino está en la presencia del Señor.

Eso, por supuesto, es bastante correcto y muy bíblico. Sin embargo, los seres queridos que quedan

han sufrido la pérdida de ciertas cosas por la ausencia de su ser querido y negar esa realidad no es ser valiente ni espiritual, sino es ser ingenuo.

Abraham sufrió la pérdida de la presencia diaria, el consejo, el aliento, la crítica honesta y necesaria de Sara y una amistad y compañerismo que se desarrolló a lo largo de toda una vida compartiendo las mismas experiencias de la vida. Sara no se perdió, pero Abraham sufrió la pérdida de algunas cosas que nunca podrían ser reemplazadas. Más tarde Abraham se volvió a casar, pero eso no reemplazó a Sara y la vida que tenían juntos. Fue simplemente una satisfacción de sus necesidades presentes y futuras de una compañera en su última etapa de la vida.

Aunque nuestro dolor es real por la muerte de nuestros seres queridos que han muerto en la fe salvadora, es diferente al dolor de los no salvos que tiene que tratar con la muerte de sus seres queridos sin esperanza.

1 Tesalonicenses 4:13-18

13 Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.

14 Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.

15 Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron.

16 Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios,

descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.

17 Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.

18 Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

Nuestros pensamientos y preocupaciones por el creyente que ha muerto no son pensamientos de temor y preocupación por él porque sabemos que está en la presencia de Dios. Esa verdad elimina gran parte del dolor de la muerte para nosotros que creemos. De hecho, nos hace alegrarnos por ellos y con ellos porque sabemos que estar ausentes del cuerpo y estar presentes con el Señor es mucho mejor.

Gran parte de nuestro dolor es por la realidad de las pérdidas de los vivos debido al fallecimiento del que ha muerto. Sin embargo, incluso ese dolor se mitiga al conocer la verdad de la palabra de Dios.

Dios ha prometido ser Padre para los huérfanos, esposo para la viuda. Cristo ha prometido nunca dejarnos ni desampararnos. Él ha prometido satisfacer todas nuestras necesidades. Él se ha declarado el Dios de todo consuelo. Él proporcionará todo lo que necesitamos en espíritu, alma y cuerpo para terminar nuestra propia carrera con alegría, sin importar cuáles o cuántos de nuestros seres queridos mueran antes que nosotros.

La compra de un cementerio en la tierra de Canaán por parte de Abraham fue un acto de fe en la promesa de Dios de darle la tierra a él y a sus

descendientes. La costumbre de aquella época era enterrar siempre a los seres queridos en su tierra natal. Al enterrar a Sara en Canaán en lugar de llevar sus restos a Mesopotamia, Abraham estaba diciendo: esta es mi tierra.

Quienes han estudiado las prácticas comerciales de la época de Abraham nos dicen que esta transacción fue un ejemplo clásico de negocios en los días de Abraham.

Primero podemos notar que Abraham tuvo un buen testimonio entre sus vecinos impíos. Lo respetaban y estaban felices de hacer negocios con él. Necesitamos tener el mismo testimonio.

1 Tesalonicenses 4:12

12 a fin de que os conduzcaís honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada.

El proceso de negociación también fue típico. Abraham fue honesto y abierto acerca de lo que quería y necesitaba. Necesitaba una cueva funeraria para enterrar a su esposa y una cueva en la tierra de Efrón era ideal para sus necesidades.

Efrón, a través de una serie de declaraciones educadas pero poco sinceras, reveló que estaría dispuesto a vender la cueva, pero que el campo circundante también tendría que ser comprado, todo por un precio superior al que valía cualquiera de los dos. Abraham aceptó los términos de Efrón y compró la tierra.

Por la fe, Abraham supo que algún día toda la tierra sería de sus descendientes de todos modos y por eso no perdió el tiempo quejándose de las injusticias de la vida.

La vida no siempre es justa, hermano, pero Dios siempre nos cuidará y si vivimos para la gloria de Dios, estamos acumulando tesoros en el cielo que nunca se desvanecerán.

1 Pedro 1:3-5

3 Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos,

4 para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros,

5 que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

Mateo 6:19-21

19 No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

20 sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan.

21 Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

La esperanza de Abraham y Sara no terminó en la tumba y la nuestra tampoco. La muerte es una parte inevitable de la vida hasta que Jesús venga, pero nuestra esperanza es una esperanza viva que nos llevará a través de todos los dolores de la vida y de la muerte.